

Una teoría febril

En el verano sofocante de San Petersburgo, el ex estudiante Raskólnikov transforma la pobreza y el orgullo en una teoría peligrosa: los seres excepcionales podrían violar la ley por un fin superior. Nota del Transcriptor: Se ha respetado la ortografía y la acentuación del original. Errores obvios de imprenta han sido corregidos. Páginas en blanco han sido eliminadas. Letras itálicas son denotadas con líneas. Las versalitas (letras mayúsculas de tamaño igual a las minúsculas) han sido sustituidas por letras mayúsculas de tamaño normal. Ilustraciones han sido eliminadas. BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS FEDOR DOSTOIEVSKY EL CRIMEN Y EL CASTIGO TRADUCCIÓN DE PEDRO PEDRAZA Y PAEZ [Ilustración] BARCELONA RAMÓN SOPENA, EDITOR PROVENZA, 93 A 97 Derechos reservados. Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.--Barcelona EL CRIMEN Y EL CASTIGO PRIMERA PARTE I Una tarde muy calurosa de principios de julio, salió del cuartito que ocupaba, junto al techo de una gran casa de cinco pisos, un joven, que, lentamente y con aire irresoluto, se dirigió hacia el puente de K. Tuvo suerte, al bajar la escalera, de no encontrarse a su patrona que habitaba en el piso cuarto, y cuya cocina, que tenía la puerta constantemente sin cerrar, daba a la escalera. Cuando salía el joven, había de pasar forzosamente bajo el fuego del enemigo, y cada vez que esto ocurría experimentaba aquél una molesta sensación de temor que, humillándole, le hacía fruncir el entrecejo. Tenía una deuda no pequeña con su patrona y le daba vergüenza el encontrarla. No quiere esto decir que la desgracia le intimidase o abatiese; nada de eso; pero la verdad era que, desde hacía algún tiempo, se hallaba en cierto estado de irritación nerviosa, rayano con la hipocondría. A fuerza de aislarse y de encerrarse en sí mismo, acabó por huir, no solamente de su patrona, sino de toda relación con sus semejantes. La pobreza le aniquilaba y, sin embargo, dejó de ser sensible a sus efectos. Había renunciado completamente



Una teoría febril

a sus ocupaciones cotidianas y, en el fondo, se burlaba de su patrona y de las medidas que ésta pudiera tomar en contra suya. Pero el verse detenido por ella en la escalera, el oír las tonterías que pudiera dirigirle, el sufrir reclamaciones, amenazas, lamentos y verse obligado a responder con pretextos y mentiras, eran para él cosas insoportables. No; era preferible no ser visto de nadie, y deslizarse como un felino por la escalera. Esta vez él mismo se asombró, cuando estuvo en la calle, del temor de encontrar a su acreedora. «¿Debo asustarme de semejantes simplezas cuando proyecto un golpe tan atrevido?--se decía, riendo de un modo extraño--. Sí... el hombre lo tiene todo entre las manos y lo deja que se le escape en sus propias narices tan sólo a causa de su holgazanería... Es un axioma... Me gustaría saber qué es lo que le da más miedo a la gente... Creo que temen, sobre todo, lo que les saca de sus costumbres habituales... Pero hablo demasiado... Tal vez por el hábito adquirido de monologar con exceso no hago nada... Verdad es que con la misma razón podría decir que es a causa de no hacer nada por lo que hablo tanto. Un mes completo hace que he tomado la costumbre de monologar acurrucado durante días enteros en un rincón, con el espíritu ocupado con mil quimeras. Veamos: ¿por qué me doy esta carrera? ¿Soy capaz de eso? ¿Es serio eso? No, de ningún modo; patrañas que entretienen mi imaginación, puras fantasías.» Hacía en la calle un calor sofocante. La multitud, la vista de la cal, de los ladrillos, de los andamios y esta fetidez especial, tan conocida de los habitantes de San Petersburgo que no pueden alquilar una casa de campo durante el verano, todo contribuía a irritar cada vez más los nervios del joven. El insoportable olor de las tabernas y figones, muy numerosos en aquellas partes de la ciudad, y



El crimen

Mata a la usurera Aliona y también a la inocente Lizaveta cuando ella lo sorprende. El dinero queda oculto; el verdadero experimento pretende demostrar su propia grandeza. ebrios y todos cantan. Delante de la puerta de la taberna hay una de esas enormes carretas que se emplean de ordinario para el transporte de mercancías y toneles de vino, a las que se suelen enganchar vigorosos caballos de gruesas patas y largas crines. A Raskolnikoff le divertía contemplar aquellos robustos animales que arrastraban pesos enormes sin la menor fatiga. Pero ahora a esa pesada carreta estaba enganchado un caballejo flaquísimo, uno de esos escuálidos rocines que los mujiks acostumbran enganchar a grandes carros de madera o de heno y a los que muelen a palos, llegando hasta pegarles en los ojos y en los befos cuando las pobres bestias hacen esfuerzos para arrastrar el vehículo atascado. Este espectáculo, visto varias veces por Raskolnikoff, le llenaba los ojos de lágrimas, y su madre, en tales casos, le apartaba siempre de la ventana. De repente se promueve un gran alboroto; de la taberna salen gritando, cantando y tocando la guitarra varios mujiks completamente ebrios; llevan blusas rojas y azules, y los capottes echados negligentemente sobre los hombros. --¡Subid, subid todos!--grita todavía un hombre, de robusto cuello y de rostro carnoso, color de zanahoria--. ¡Os llevo a todos, subid! Estas palabras provocan risas y exclamaciones. ¡Hacer el camino con semejante penco! --Has perdido el juicio, Mikolka; ¿a quién se le ocurre enganchar ese jamelgo a semejante carro? --De seguro que este rocín tiene más de veinte años. --Subid, os llevo a todos--grita de nuevo Mikolka, subiendo al primer carro, y, poniéndose de pie en el pescante del vehículo, aferra las riendas--. El caballo bayo se lo llevó Madviei y este animalucho, amigos míos, es una condenación para mí, debería matarlo: no gana lo que come. Os digo que subáis, ya veréis cómo lo hago galopar. ¡Vaya si



El crimen

galopará! Y al decir esto, toma el látigo, gozoso con la idea de fustigar al pobre jaco. --¡Ea, subamos, puesto que dice que vamos a ir al galope!--dijeron, burlándose, los del grupo. --Apuesto a que hace diez años que no galopa. --¡Buena marcha llevará! --No tengáis miedo, amigos míos; tomad cada uno una vara, ¡y duro! --¡Eso, eso, se le arreará! Trepan todos al carro de Mikolka riendo y burlándose. Han subido ya seis hombres y queda sitio todavía. Con los que han montado va una gruesa campesina, de rostro rubicundo, vestida con un traje de algodón rojo, en la cabeza una especie de gorro adornado con abalorios y va partiendo avellanas y se ríe de tiempo en tiempo. También se ríe la gente que rodea el carro, y en efecto, ¿cómo no reírse ante la idea de que semejante penco lleve al galope a tantas personas? Dos de los que están en el carro toman látigos para ayudar a Mikolka. --¡Andando!--grita este último. El caballo tira con todas sus fuerzas; pero, lejos de galopar, apenas si puede avanzar un paso: patalea, gime y encoge los lomos bajo los golpes copiosos como el granizo que los tres látigos le descargan. Redoblan las risas en el carro y en el grupo; pero Mikolka se incomoda y golpea al jaco con más fuerza como si, en efecto, esperase hacerle galopar. --Dejadme subir a mí también, amigos míos--grita entre los espectadores un joven que arde en deseos de mezclarse con la alegre pandilla. --Sube--respondió Mikolka--. Subid todos, que yo le haré correr. Y sigue, sigue golpeando, y en su furor no sabe ya con qué pegarle al animal. --Papá, papá--dice el niño a su padre--, ¿qué están haciendo? ¡Pegan al pobre caballejo! --Vamos, vamos--dice el padre--; son borrachos que se divierten a su modo. ¡Imbéciles! No les hagas caso. Quiere llevárselo; pero Rodión se desprende de las manos paternales, y sin hacer caso de nada se acerca